



# Bella

*Daniela Sanguinetti*

**EDITORIAL DUNKEN**

**DANIELA SANGUINETTI**

**BELLA**

El ángel que una noche entrelazó nuestras manos,  
hoy y después de tanto, sigue convenciéndonos  
que no existe ni tiempo ni distancia capaz de separarnos.

Gracias por estar siempre a mi lado, alentando  
cada uno de mis pasos, acompañándome y cuidándome siempre.

Para mi pequeña y gran mujer,

Patricia.

## I

### *El Recuerdo de aquel día*

Se sirvió una copa de vino tinto de aquella misma botella que había destapado en la cena de la noche anterior. Miró por el ventanal que daba al jardín y suspiró profundo. Bella pensó que el jardín estaba tan gris y triste como ella. Realmente el invierno no les sentaba nada bien a ninguno de los dos; al menos el jardín tenía la certeza de florecer en la primavera que no estaba tan lejana. Ella no contaba con la misma seguridad, incluso se preguntaba si volvería a brillar alguna vez.

El mismo silencio que una vez la reconfortó, hoy le asesinaba lentamente el alma. La tarde agonizaba afuera y ella lo hacía en el calor de su casa.

Miraba hacia el jardín sin mirar nada en realidad. Su vista y sus pensamientos se perdían en el pasado. Ojalá fuera capaz de perderse en el bullicio desquiciado, como en aquellos días en que montones de gentes diversas solían rodearla, cuando no necesitaba de ninguna compañía en especial, cuando jamás se sentía sola, cuando era inmensamente fuerte y segura de sí misma, cuando realmente disfrutaba de ella, de todo, de su persona, de ser convincente, entera, de sentirse plena aun cuando en sus bolsillos casi nunca había dinero, cuando no condescendía, cuando peleaba sola, cuando asumía sus riesgos, cuando su corazón era libre...

Y se preguntaba hoy dónde había quedado todo aquello; dónde lo habría dejado; en qué parte del camino su propio ser se le escapó de las manos, se relegó, se perdió, en el

afán de no descuidar nada de él, en dedicar ciegamente su vida y su mente al hombre que amaba.

Aunque ahora, con la cabeza apoyada contra el vidrio, con una lágrima ennegrecida por el rímel tambaleándose en la mejilla derecha, con los labios saboreando el último sorbo de vino, y con el pecho ahuecado por la angustia, se preguntaba en silencio, si aquella, la suya, la incondicional y complaciente forma de amarlo, era en realidad una buena forma de amar.

Apenas estaba cerca de cumplir los treinta años, pero sin embargo se sentía vieja, marchita, ajada por el tiempo. Veía sus ojos apagarse día tras día, carentes de esa luz que los hacía únicos, hermosos, aunque solo fueran unos ojos color miel, sin grandes cualidades más que la luz y la seguridad que irradiaban. Pero ahora estaban opacos, casi mustios, con la mirada escondida, insegura, temerosa, como la de un perro perdido. Y ya no se consideraba capaz de buscar un por qué o, mejor dicho, de entenderlo. Varios habían sido los intentos por entender. ¿Por qué prefería pasar horas durmiendo? ¿Por qué rompía en llanto inexplicablemente cada vez que cepillaba sus dientes por la mañana? ¿Por qué no tenía fuerzas ni ganas de hacer nada? Por qué sentía que se estaba muriendo cuando su cuerpo no estaba enfermo? ¿Por qué todo hacía eco en el vacío de su alma? ¿Por qué...?

Un suspiro profundo empañó el vidrio del ventanal, opacando la vista hacia el jardín. Pero Bella no necesitaba del calor ni la humedad de su respiración para que su visión se viera opacada. Su mente generaba constantes nubarrones espesos que hacían imposible que pudiera tener una visión clara y limpia de todo cuanto la rodeaba. El pesimismo, la tristeza y la desesperanza la acompañaban en sus días y la torturaban en sus interminables noches de insomnio. Lo había perdido todo...

Desde aquel día, casi un año atrás, sentía que todo había terminado para ella. Todo se había acabado, todo, desde el mismo momento en el que lo perdió a él. Solo la acompañaba el recuerdo de aquel día...

Una palabra hubiese bastado, una simple palabra habría logrado en ella el cambio; pero su silencio la golpeó más fuerte que la angustia que sentía en ese momento. Ya no podía hacer nada, su silencio fulminante había disipado, una a una, todas sus dudas.

Sus ojos temblorosos lo miraban, tratando de examinarle el alma, pero la frialdad de Thiago levantaba con rapidez una muralla frente a su corazón, haciendo imposible poder penetrarlo.

Todo estaba dicho sin necesidad de largas horas de desvelo. El abismo se había abierto entre ambos y ya no podría cerrarse. No después de aquel fatídico silencio.

Él no había podido responder a su pregunta, pero sus gélidos ojos le mostraban la respuesta.

—¿Me amas aún? —Le había preguntado Bella, suplicando con los ojos empapados en plegarias. Solo un “sí” bastaba para dejar cualquier reproche atrás, solo una sílaba que cortara en dos el aire que los separaba. Solo una y se hubiese arrojado a sus brazos para amarlo apasionadamente y matar así cualquier resquicio de duda.

El cuerpo de Bella temblaba, su mente daba vueltas. Las manos le cosquilleaban, y ella trataba con todas sus fuerzas de controlar el impulso de abrazarlo, de rogarle que olvidaran todo, que volvieran a empezar. Estaba muda, completamente desorientada. Ni siquiera podía llorar.

—Me marcho —dijo él, acariciando el rostro pálido de Bella. Se acercó, la besó dulcemente en la frente, caminó decidido hacia la puerta, la abrió y antes de marcharse le dijo:

—No mires hacia atrás. Si tienes tus manos reteniendo el pasado, no serás capaz de abrazar el futuro.

Cerró la puerta tras él, dejando a Bella, la joven que le había entregado su cuerpo y su alma, con la que había compartido los últimos cinco años de su vida; olvidando promesas, derrumbando proyectos, enterrando sus sueños. Simplemente la dejó ahí, parada en medio del living, con el desconcierto invadiendo su cuerpo y el pánico aguardando a que se desplomara.

Pasó casi una hora entera parada en el mismo lugar sin ser capaz de realizar un solo movimiento, hasta que surgió el impulso frenético de ir tras él. Corrió hacia la puerta, pero al darse cuenta de que nada podía hacerse, se dejó caer. Y tendida en el piso, como una niña abandonada en la oscuridad aterradora, se echó a llorar, desconsolada.

Recordar aquel momento aún le desgarraba el alma y la sumía en la tristeza de extrañarlo. Solo cuando las palabras de Thiago hacían eco en su cabeza, se sujetaba fuerte de aquel sentimiento de ira que se obligaba a sentir, para no volver a llorar y para ser capaz de salir del recuerdo que tanto daño le hacía.

—Retener el pasado...abrazar el futuro... ¿Qué futuro? —susurró para sí misma.

Miró la copa vacía que sostenía entre sus manos y se preguntó si debía abrir otra botella. Hacerlo no solo no la sacaría de su angustia, sino que además le traería una terrible jaqueca a la mañana siguiente. Convencida de que no era una buena idea, apoyó la copa sobre la mesa del living para evitar sentirse seducida por la botella de vino *cabernet* que tanto le gustaba. Era una de las muchas cosas que había aprendido de él: degustar y saber reconocer un buen vino en sus labios, disfrutar aromas, entender de

cosechas, descartar botellas frente a las góndolas y, sobre todo, dejar atrás para siempre su vieja manía de tomar solamente algún vino blanco bien dulzón.

Tanto habían vivido juntos, tanto, que a ella le parecía una eternidad.

Necesitaba hoy, como muchos otros días, desprenderse de su recuerdo, pero realmente no sabía cómo. Tenía ganas de hablar con alguien de cómo se sentía. ¿Pero a quién llamar? Tenía la firme creencia de que de nada servía hablar con su familia. Nunca lo había hecho. Sabía que en el fondo y más allá de lo que todos creían, ella veía las cosas con muchísima más claridad que el resto y podía ser objetiva sin necesidad de caprichos ni peleas. No había necesitado nunca recurrir a ellos o quizás había aprendido, a fuerza de decepciones, que no tenía que hacerlo. Y no lo hacía. No antes, no ahora, y seguramente tampoco lo haría en el futuro.

Sus amigos estaban demasiado lejos o demasiado ocupados. Aunque seguían viéndose y compartiendo algunas salidas, las llamadas y las charlas se sucedían cada vez con menor frecuencia. Lo que ella estaba necesitando era mucho más que unas palabras de aliento, algo más que una charla apresurada por teléfono “porque los niños corren a mayor velocidad que el cobro de la llamada, porque es hora de hacer la cena y dejé olla en el fuego, porque hay un tremendo papeleo que debo resolver, porque llevo prisa...” Excusas que encontraba siempre que necesitaba hablar. La mayoría de sus amigas estaban casadas y con hijos, sus pocos amigos estaban demasiado ocupados con sus problemas de la vida real. Ninguno de ellos vivía colgado del limbo de una relación acabada, de los recuerdos de un ex. Vivían en un mundo real, un mundo al que ella había dejado de pertenecer hacía tiempo. Y en aquellos pocos y esporádicos días que podían tomarse dos o tres veces en el año para visitarse o salir juntos, era más que egoísta de su parte usarlos a manera de terapia.



Mirando fijamente el teléfono, se imaginó a sí misma hablando unos segundos con el joven empleado de Niquis, un lugar de comidas rápidas, que la atendía noche por medio, cada vez que ella decidía que, una vez más, no era capaz de cocinarse. Bella estaba segura de que al otro lado de la línea, el joven que anotaba su pedido se la imaginaba como una mujer madura, obesa, con los pelos revueltos y una docena de gatos rondándole, sentada en un enorme sillón que ya tenía las formas de sus caderas. ¡Espeluznante! Aquella visión la desanimó por completo a hacer la llamada. Sacudió la cabeza tratando de que aquella imagen se borrara de su mente. Se acercó al sillón de cuero negro y tomó de su cartera el atado de cigarrillos casi vacío. Se maldijo a sí misma por no haber comprado otro paquete de camino a su casa, cuando salió del trabajo. Iba a ser una de esas noches largas y melancólicas y sabía que necesitaría un atado entero, o tal vez más. Encendió uno de los tres que quedaban, dio una bocanada profunda y realmente saboreó el humo en su boca. Disfrutaba de fumar. El cigarrillo se había convertido en su compañero fiel. Era quizás lo único que últimamente le causaba placer. Tanto, que no podía imaginarse prescindiendo de él. Razón por la cual tomó su abrigo, las llaves y salió a abastecerse de una o dos cajetillas más.

Caminó sin tomar conciencia de lo que la rodeaba, solo dejando que el aire de la ciudad golpeará su rostro y el humo del quinto cigarrillo, sus pulmones. Simplemente trataba de matar el tiempo, de intentar que la noche se hiciera más corta, que su mente se aquietara en el silencio de las calles, que su corazón se olvidara de su pesar. La ciudad parecía una pintura inmóvil y surrealista, sin líneas definidas, simples garabatos que juntos intentaban definir un paisaje. Colores grises opacos, sin brillo ni luz. Como su alma, triste, mustia, vacía. Solo cuando se cruzaba con alguna pareja de enamorados, el escenario se le planteaba completamente real, como si el masoquismo de aferrarse solo a aquellas imágenes, sirviera para algo en verdad. Para algo que no fuera hacerse

más daño, más preguntas, más reproches que hicieran eco en su mente, noche tras noche.

Un hombre pasó por su lado, recorrió su cuerpo con la mirada y le susurró algunas dulces palabras de admiración. Bella no pudo más que sentir náuseas, asqueada de los hombres, de sus falsos halagos, de sus promesas, de sus mentiras....

—¡Maldición! De verdad quisiera que todos desaparezcán —susurró para sí.

Bella trataba de apartar cualquier cosa que significase algo agradable, una luz, un motivo para sonreír, para albergar en su mente una esperanza. Ni piropos ni cumplidos ni un gesto ni nada en realidad, iba a hacer que ella renunciara a su miseria, a la firme convicción de creerse con el total y absoluto derecho de sentir pena por ella misma, de autocompadecerse, de maldecir a todo y a todos, por lo que le había sucedido.

En realidad, lo único que deseaba verdaderamente era que él volviera. Pero Bella sabía que eso no sucedería. Hacía más de un año que lo esperaba. Y nada. Sin mensajes en el contestador, sin visitas repentinas, sin cartas de perdón, sin lágrimas, sin ninguna flor. Ni una sola señal de vida de Thiago, el hombre que se marchó dejándola sin corazón.